

Síndrome de Marilyn

Mi tía Violeta usaba gafas de sol, incluso en noche cerrada, en misa o en el cine. No era una excentricidad de las muchas que había ido adquiriendo con los años. Padecía unas migrañas que la importunaban con síntomas visuales y de lenguaje que se manifestaban antes del propio dolor de cabeza. Percibía destellos como si aterrizara una nave espacial junto a ella y cuando hablaba parecía que se hubiese bebido tres ríojas en ayunas. Aquellos fenómenos eran la antesala de la cefalea. Antes de que el dolor punzante rozase la sien, ella anunciaba con su vocecita infantil: que viene. Yo imaginaba así a Pedro avisando que llegaba el lobo.

Jamás había visitado a un especialista. Manejaba su propia terapia. Cuando la visitaban los rayos y estrellas fulgurantes, aparte de cubrir los ojos con lentes oscuras, se retiraba a la cama. Vertía sobre la almohada unas gotitas de aceite de lavanda, cerraba el balcón a cal y canto y se aseguraba de tener en la mesilla su botella de agua del Carmen. Y presidiendo la habitación, San Juan Bautista, según ella el patrón del dolor de cabeza y un cefalóforo (santos que portan su propia cabeza, no confundir con cefalópodo). Aseguraba que su sola presencia ejercía de protección, igual que los mascarones de proa cuidaban de la tripulación de un barco. Desde el pasillo se oía como un runrún de letanía; imposible distinguir si rezaba o maldecía en voz baja.

Violeta frecuentaba el casino de la ciudad desde que era niña, allí compartía tertulia con cinco o seis mujeres más, la mayoría solteras como ella. Una tarde invitada por el Ateneo de Esoterismo Moderno, que se reunía en el salón contiguo, apareció una médium argentina que por error recaló en la velada de mi tía. La mujer, sin más

preámbulo, se fue derecha a ella, la cogió de las manos y le soltó con una cadencia muy peculiar y algo pomposa:

- Mi nombre es Minerva. Y vos sos una genuina portadora de aura. ¡Qué encuentro macanudo! Por favor, tenés que compartir con nosotros una sesión de espiritismo.

Violeta, escandalizada, se negó en redondo y haciéndose cruces dejó con la palabra en la boca a la espiritista.

Dos días estuvo sin salir de casa temiendo un encuentro con las fuerzas ocultas del mal. Cuando volvió a pisar el casino se aseguró que no tenían ningún evento los vecinos ateneístas.

Pero el destino, que es así de juguetón, hizo que a la salida, en las mismas escalinatas donde Violeta bajó vestida de blanco en su puesta de largo, tropezara con la vidente porteña y quiso el azar que el aura la rondara en ese momento. Entre luces intermitentes descubrió que Minerva iba a sufrir una neumonía, causada por una tormenta de granizo que la iba a empapar. Después de disculparse por el golpe, le espetó:

- No olvide el paraguas esta tarde.

Y se perdió en la puerta giratoria dando saltitos cortos que era como ella corría.

A la mañana siguiente se presentaron en casa la médium y un caballero elegante que dijo ser el presidente del Ateneo Esotérico. Ante la negativa a ser atendidos aseguraron que no se moverían del vestíbulo hasta que Violeta los recibiese.

Presionada por tanta insistencia y por la circunstancia de que la tarde anterior, a pesar de sufrir el fenómeno premonitorio, no se había presentado la jaqueca, los atendió.

Minerva se echó en sus brazos asegurándole que gracias a su advertencia no le había caído ni una gota y se encontraba perfectamente. Ese día mi tía se dejó convencer y empezó a frecuentar las sesiones de espiritismo.

Poco a poco, su fama de vidente se fue extendiendo a las comunidades paranormales de la ciudad y más tarde del país. Las sesiones en las que participaba pasaron a ser multitudinarias. La gente se le acercaba para que le predijera todo tipo de cosas. Pero ella insistía en que sólo cuando aparecía el aura era capaz de distinguir algo entre aquellas luces. Mi tía soportaba la popularidad y los tumultos porque desde que se dedicaba a la videncia las migrañas habían desaparecido.

No pasaron ni tres meses cuando los éxitos de Violeta llegaron a oídos de una productora de televisión. Unos tipos trajeados aparecieron una tarde y le ofrecieron mucho dinero para conducir un programa en su canal Nueva Era. Tendría que atender consultas telefónicas de los espectadores, dar charlas de divulgación, promocionar productos, perfumes, velas, recetas, audiovisuales etc. Y como momento estelar del espacio, algo nunca visto, una sesión de videncia.

Sólo unas semanas después, perfectamente peinada, maquillada y con sus gafas negras, mi tía empezó el rodaje de su primera función como adivina mediática. Como parte del decorado, un cartel de dimensiones considerables acogía una fotografía de Violeta, despojada de lentes y con unos ojos hipnotizadores que yo ni siquiera recordaba.

Hubo que esperar horas a que le sobreviniese el aura. Su primera clienta fue una aristócrata, habitual de las revistas del corazón, una tal Pina, a la que urgía contactar con un antepasado austríaco, cuyo fantasma rondaba por el palacete sin aclarar cuáles eran sus pretensiones. Al parecer pagó una fortuna por participar en la sesión.

Cinco personas se sentaron a la misma mesa que Violeta, pero fue a la ilustre famosa a la que se aferró mi tía en cuanto le empezaron los espejismos luminosos.

- Veo a un hombre con bata blanca, barba canosa, que mueve los labios, pero soy incapaz de entender lo que dice. Está escribiendo algo, pero una claridad fantasmagórica me impide distinguir los trazos. Sí, ahora... aunque borroso creo que soy capaz de leer. Está escrito en otro idioma.

Tal y cómo llegaron, se dispersaron los flashes y mi tía quedó desmadejada en el sillón. En el estudio sólo se oyó el zumbido de los focos. La señora Pina le hizo señas a su secretario que empezó a pasar a limpio la caligrafía de Violeta, en una agenda de piel con el escudo de armas de la familia de su jefa. En cuestión de minutos se tradujo la nota, garabateada en alemán, al castellano.

La productora, después de leerla, dudó si transcribirla tal cual a los participantes de la velada: Los y las pacientes con migrañas prefieren a sus neurólogos o neurólogas rubios o rubias.

Al día siguiente las portadas de todos los medios de comunicación se hicieron eco del mensaje, como si fuesen las profecías de la virgen de Fátima a los pastorcitos. Se reprodujo hasta la saciedad lo que el supuesto neurólogo del más allá le había manuscrito a mi tía. Algunas teorías apuntaron como autor del oráculo al creador del psicoanálisis, ya que se filtró a la prensa que en la nota se podían intuir las iniciales SF.

Dos años más tarde, Violeta y Minerva, gracias a la Ley 13/2005 se casaron en el ayuntamiento de un pueblecito costero y adoptaron un niño de Mali al que pusieron por nombre Juan Bautista. La dama con títulos nobiliarios no volvió a sentirse acechada por el espectro, pero demandó al canal Nueva Era por una cifra millonaria, alegando que se le había colado en casa otro espíritu que no pertenecía a la familia.

Yo me convertí en la segunda fortuna de España, después de Amancio, gracias a mi visión comercial invirtiendo en laboratorios que fabricaban tintes de cabello.

El ochenta y seis por ciento de los profesionales de la neurología se terminarían tiñendo el pelo: Dorado, platino, cobrizo, ceniza, con mechas...en definitiva, todos se convertirían en rubios.